

solaz del ánimo y lucimiento de la inteligencia, pero no para discurrir en política. La política consiste en el conocimiento de los hombres y de las cosas, que se aprende en el campamento, en el combate, en la desgracia, en la contrariedad, con la injusticia, en todo lo que constituye la lucha larga y tenaz de la vida. No tiene más laboratorio que el gabinete de la reflexión sobre sí mismo, ni más libro de consulta que la Historia, ni más campo de acción y experiencia que el del compromiso adquirido y la responsabilidad comprometida. Por eso se llega tarde, cuando el hombre es maduro y está hecho, y se estrellan grandes y chicos los que no se hicieron sino para el placer, la frivolidad y la holganza.

Pero todos quieren ser políticos; todos quieren ser jueces, cuando muchos no valen ni para alguaciles; todos quieren poner las manos sobre este teclado, cuando los más audaces no saben mover los dedos. Así vienen las crisis, así vienen los conflictos; así vienen los motines, así vienen las revoluciones y la tremenda justicia de los pueblos.

Los ideales absurdos tienen su noche de expiación pavorosa, y las aspiraciones bastardas tienen su día de luctuosa liquidación. Esto es lo que no saben ni son capaces de aprender los políticos de tertulia.

Cuando un país marcha adelante es una pretensión facciosa querer desviarlo de su camino.

Nosotros no hemos venido á esta tierra para ser facciosos, sino tan leales como en la nuestra. Decimos la verdad tal como la siente y entiende nuestra conciencia, y por la verdad sabríamos morir impávidos, porque siendo la vida una *carga*, nunca se suelta con más fruto, que cuando se convierte en *cargo* para el que injustamente la quita. Si la sangre no fuera fecunda, sería una ley abominable la de la muerte.

Acabemos esta parte con una palabra:—México va adelante con la iniciativa de sus Poderes públicos.—

SEGUNDA PARTE.

Exámen de un nuevo período legislativo
en complemento del estudio filosófico, político, crítico,
concentrado en estas páginas.

CAPITULO FUNDAMENTAL.

La revolucion.

I

"La fuerza que poseen los individuos poderosos no la sacan de sí mismos sino en mínima parte; recibenla principalmente de la vida colectiva en que están sumergidos."

LUIS BLANC.

"He disgustado á los pueblos y he puesto fin á mi historia."

MEMORIAS DE STA. ELENA.

"La humanidad es un hombre que vive siempre y aprende sin cesar."

PASCAL.

Creemos en la solidaridad de las razas, en la *perpetuidad* del humano linaje, por generaciones sucesivas, en la *causalidad* de la muerte, en la *inmanencia* de la vida, en lo *trascendental* del progreso; DESTRUCCION nunca, TRASFORMACION siempre; tal es nuestro criterio.

El que quiera puede pasar por alto este capítulo.

Decimos lo que Espronceda:—"Este canto es un desahogo de mi corazon; sáltelo el que no quiera leerlo, pues no está ligado con mi poema"—

Mentia el poeta ó se engañaba á sí mismo; el canto II, intercalado á tiempo, es la revelación inspirada de la historia de Adan.

Nosotros más francos decimos: que en este capítulo encontrarán los iniciados la clave de nuestras conclusiones. Sántenlo si quieren.

II

ALPHA Y OMEGA.

No hemos querido hacer aquí un libro didáctico, ni mucho ménos una exposicion narrativa comentada, ni una agrupacion de datos interesantes, como en "México á través de los siglos," para justificar al país contra la calumnia, pero pretendiendo con imposible disimulo excusar á Napoleon III de la responsabilidad que contrajo en ofensa de la civilizacion, y burla completa de los ejercicios de la libertad con su funesta política de las nacionalidades, precursora legítima de la paz armada. Son franceses los que producen esos datos, auténticos en lo que confiesan, parciales en lo que tratan de disimular. Nosotros, que no somos parte interesada, porque no hemos nacido en Francia ni en México, con más desembarazo, por consiguiente, que el distinguido publicista Sr. Vigil, no queremos omitir nuestros comentarios.

Además, no tenemos compromisos con el Imperio, ni con la Monarquía, ni los hemos pactado con los republicanos como hombres de partido.

Hemos dicho que somos hijos de la revolucion, estamos en la revolucion y vamos con ella, porque no se ha consumado. Pertenece á nuestros tiempos incondicionalmente.

Cuando se habla de revolucion parece que se enarbola la bandera del terror; tal ha sido la significacion que, para deshonrarla, le dieron los sucesores legítimos de los que la provocaron.

La revolucion se decide con Richelieu, que es el político de más tamaño que registra la Historia. No es Richelieu el cardenal que disfrazado de caballero corre á casa de Marion Delorme. "Cuando pasa por la Historia, dice un insigne escritor, lleva a vestidura colorada, teñida, al parecer, con la sangre de la nobleza rebelde."—Richelieu es el tutor ejem-

plar del *estado llano*, todo se lo debe la clase media. La toga se impone á la coraza de hierro, la magistratura, á pié con su traje talar, triunfa del caballero armado á caballo. La primera derrota de la feudalidad, es la primera victoria de la revolucion moderna.

La primitiva Corporacion judicial se convierte en Poder legislativo registrando los *edictos* al calor de Richelieu; recibe en su seno á Príncipes, Duques y Pares; lleva tras sí numerosas corporaciones animadas de su espíritu, y formando clientela, marcha majestuosamente á la cabeza de cuarenta y cinco mil familias principales. La figura terrible del *Eminencia roja*, como llama un publicista á Mazarino, disminuye cada dia en frente del parlamento, hasta muy cerca de la tumba. Muere en el error de creerse victorioso.

Desde que un consejero dijo:—"apedrearé (*fronderait*) la opinion de mis adversarios,"—á contar de 1648 á 1652, se formaron dos Frondas, al parecer unidas en una, la del Parlamento y la de los príncipes. Aquella fué el anuncio de Mirabeau, la segunda el prólogo de las tenebrosas intrigas del conde de Provenza en secreta y torpe liga con Julia Polignac y las princesas Adelaida y Luisa, (esta última monja carmelita) y luego con los enemigos de la libertad en Europa.

¿Qué hicieron los parlamentos? Acabaron con la feudalidad dando entrada en la vida política á la clase media, mientras con pasos contados, herian de muerte á la Monarquía. Usurparon al pueblo la soberanía contra la arbitrariedad de la corona, haciendo de su egoismo un interes público. En 24 de Octubre de 1648, se inauguraron las barricadas, y la Monarquía se inclinó humillada ante la carta constitucional. En aquel mismo dia en que el trono sufrió su primera derrota, se habia celebrado la victoria de Lens reconociéndose á la Alsacia genuina francesa por el tratado de Munster.

Pero el Parlamento se asustó de su poderío, sintió espanto de sí mismo, le impuso pavora el pueblo que era su brazo, y retrocedió ante la espada victoriosa de Condé, trocando, segun la expresion elocuente de un esclarecido escritor contem-

poráneo,—“los fervores de la plaza pública en sediciones de tocador y en conjuraciones frívolas.”—

Hablamos de Francia, porque allí se concentra la historia moderna, como la inmediata anterior á Jesucristo en la Roma de los Césares.

—El Parlamento habia condenado la arbitrariedad privativa, resolviendo que el hombre no pudiera ser reducido á prision sino entregándole dentro de las veinticuatro horas á su juez natural.

—Habia condenado la arbitrariedad económica, sujetando á su revision los impuestos.

—Habia condenado los despilfarros de la Corte, estableciendo la economía de la cuarta parte de los tributos en beneficio del pueblo.

¿Para qué?

Para abdicar vergonzosamente en el tratado de Rueil. Mas esto fué un accidente de tiempo y lugar.

En Francia se concentra toda esa historia. En 1649, durante el sitio de Paris, no habia seguridad ni sosiego en ninguna parte, ni para las mujeres. Alemania, azotada por la guerra de los treinta años, aceptando en el tratado de paz de Wetsfalia la insurgente doctrina presbiteriana como base del derecho público; Nápoles pensaba con terror en el triunfo de Mazanie-
llo; los genízaros extrangulaban á Ibrahin en Constantinopla; y Europa estremecida contemplaba en Inglaterra al cervecero Cromwel descargando el hacha del verdugo sobre la cabeza del soberano: hé aquí el ligero perfil de la situacion general.

La revolucion palpitaba en los espíritus y tenia que venir vengadora á castigar, no á los reyes hijos de sus tiempos, sino los vicios de las instituciones y la corrupcion de las costumbres.

Nemours encadenado dentro de una jaula, sólo salia para sufrir la tortura. Juan de Armanac, confundido con Luis

XI, fué muerto á puñaladas en presencia de su esposa, y de la poblacion que tomó su defensa, quedaron vivas siete personas. Un rey dió de puñaladas con su propia mano al duque de Vieso, su primo. Horrorosa fué la tiranía de Galeazo, nieto de Sforza. El duque Felipe Visconti levantó un cadalso á su consorte Beatriz. Cárlos VIII mandaba una legion de franceses desorejados por la cuchilla del verdugo, cubriendo el largo cabello tanta vergüenza. El Temerario Cárlos convirtió en hoguera y lago de sangre la ciudad de Nesle, haciendo carnicería la iglesia de niños, mujeres y ancianos. Por decir un caballero al atravesar uno de los puentes del Sena Mdme. Pompadour en su carroza:—“ahí va la soberana de Francia,” —fué sumergido en un antro de la Bastilla, donde murió al cabo de los años sin interrogatorio. Por miserable sospecha de un billete amenazador encontrado en la cuna del pequeño duque de Borgoña, fué encarcelada Mdme. Sauvé en la Bastilla para siempre. Por el borrador de unos versos satíricos, el caballero Rességuier fué puesto en el monte de San Miguel dentro de una jaula de hierro donde no podia tenderse ni estar de pié y su suplicio duró siete años. Fedérico II convirtió en su enemigo mortal al baron Tremps encerrándole en un calabozo toda la vida, por haberse burlado del prurito del rey soldado echándosela de filósofo. Notorias son las *cartas selladas*, mandamientos de prision en blanco con la firma del rey, para tráfico lucrativo de aquella corte envilecida. Avergüenzan las escenas del *Parque los ciervos* y espantan los atropellos nocturnos de los esbirros de Luis XV, para renovar la sangre del soberano anémico y emponzoñado por sus vicios. El pudor público no puede ofenderse con la pluma recordando las liviandades del Regente y su familia. Ponemos punto aquí.

Interminable fuera nuestro relato si hubiéramos de continuar haciendo indicaciones semejantes, á propósito extrañas á la política. En todos estos hechos no entraba para nada el furor político ni el fanatismo religioso, cuya lucha encarnizada se comprende, porque responde á la alucinacion del es-

piritu público; pero la inmunidad en reyes, cortesanos y peluqueros de palacio, para dar satisfacción sangrienta á sus venganzas personales y hartura á sus concupiscencias, no se registra en la Grecia perversa ni en la Roma execrable, según los calificativos de Chateaubriand. Estos vicios tenían su raíz en las instituciones.

Sólo España ha quedado fuera de esa corrupción de costumbres, sin duda porque ha traído á la vida moderna su hidalguía depurada en la gloriosa lucha con la noble y arrogante gente mora, formando en la leal pelea su carácter caballeresco despojado de esas pasiones viles, que ya dieron á conocer hasta los mismos cruzados en aquél gran movimiento de la Historia. Por eso no tuvo necesidad de levantar cadalsos para sus reyes y cortesanos.

Es bastardo argumento el que se hace contra las corporaciones por los vicios particulares, pero cuando éstos nacen de las instituciones, preciso es depurarlas á toda costa.

La revolucion es la sancion histórica de tantos crímenes acumulados á la sombra de las instituciones y á través de la lucha de las ideas.

III

ELEMENTOS DE COMPOSICIÓN.

Subiendo de la hediondez á lo noble y á lo alto, no podían faltar en la campaña de las ideas, como elementos de composición, la protesta y la afirmación religiosas. Lutero dió el grito vigoroso que debia aprestar legiones á la lucha, pero impotente para vigorizar y engrandecer el espíritu y santificarlo con prodigios de caridad.

El Elector de Sajonia permaneció sereno; Roma tembló ante el hombrecillo Fray Agustin. Era la voz del siglo que salía por la boca del fraile.

Necesitaba una contestacion, y vino á dársela al monje de Wittemberg, el caballero Loyola, que apoderado del lenguaje moderno, hizo elástica y acomodaticia la moral y convirtió la teología en código político, bien auxiliado en su orden y muy especialmente por el P. Molina, español, que con su tratado sobre la *gracia y el libre albedrío* desarmó á los racionalistas ante la muchedumbre, declarando á los hombres libres, pero reservándose aconsejarlos y dirigirlos.

La orden tomó mucho vuelo. Léjos de esterilizarse en el claustro, se codeaba en la plaza pública con los industriales y comerciantes, se insinuaba en el confesionario, intervenía en arbitrajes atajando pleitos, y derramaba en los Archipiélagos misiones inteligentes que hacian asombros de caridad. Era una verdadera milicia, activa, soberana con el manto de la humildad, la tolerancia y la mansedumbre.

Roma se puso en pié.

Pero la Monarquía sintió espanto. Se lo causaban los *mandatos de providendo*, celosa de sus *regalías*.

Estos intereses necesitaban un defensor y surgió el Jansenismo, trabándose la terrible lucha, pero tan mal organizado como indiscreto amigo de los reyes, concluyó por empujar al cadalso al infortunado Luis XVI.

Tales son los elementos religioso-políticos que han venido jugando en esta composición.

IV.

DOS HOMBRES EQUIDISTANTES.

Coexisten dos hombres equidistantes, el uno espíritu de su siglo, el otro fuera de su época; los dos miembros componentes del problema. El uno adula á los reyes y á los cortesanos, hiriendo de muerte á los cortesanos y á los reyes. El otro ama sinceramente al pueblo, sin verse correspondido.

Nadie ha comprendido mejor su época y la frivolidad de

los hombres que Voltaire. Después de burlarse del Papa le dedicó una tragedia; poniendo en ridículo á los reyes se ha sentado á su mesa; ha satirizado á los cortesanos, sus libelos sirvieron á los unos para mofarse de los otros, y todos han solicitado su trato. Federico II le hizo su maestro y amigo dispensándole proteccion ilimitada.

Voltaire nunca escribió en serio, sino cuando hacia tragedias imitando á los clásicos. Era un admirable crítico; en sus obras no se registra un suspiro. Sin duda por eso dijo Vauvenárgues:—“Es necesario tener alma para tener gusto; los grandes pensamientos vienen del corazon.”—Voltaire no tenia alma. D’Alambert decia:—“Je ne donnerait pas une obole du style de Buffon.”—Y Voltaire, sin embargo, le acusaba de hacer poesía en prosa y de hablar de física en pomposo estilo. Voltaire tenia mirada de zorra, no pupila de halcon; en sus labios vagaba constantemente una sonrisa maligna, era el sarcasmo que hacia de los hombres. Su palabra siempre fué mordaz. Divertia á los potentados haciéndose temible á los más divertidos. Su inteligencia era penetrante, su imaginacion viva, su audacia no conocia límites. No se sabe si tenia valor, pero es evidente que fué como ninguno atrevido. Para humillar al que llama Schelegel “diputado de Dios en la creacion terrestre,” escribió “Los Micromegas,” que es el epigrama más cruel que puede hacerse del orgullo humano. En el siglo XVIII todos los hombres se compendiaron en él. Reinó sobre la opinion; fué su déspota absoluto.

Por eso Bernardino de Saint-Pierre, literato de sentimiento, dijo:—“Me veria muy cortado ante un escritor que tiene pueblos por clientes y reyes por aduladores.”—

Voltaire los aduló ántes hasta la bajeza. El panegírico de Luis XV es un modelo de adulacion escandalosa y villana. No excusaba Voltaire las más repugnantes humillaciones para satisfacer sus pueriles vanidades. En cambio hirió á Papas, á reyes, y á cortesanos, sin perdonar á los literatos, y jamás tuvo sino palabras de desden y desprecio para el pueblo, al que llamaba *canalla*.—“Nunca hemos pretendido ilustrar á

los zapateros y á las criadas,”—decia, agregando:—“Os recomiendo la *infame supersticion* para la canalla.”—

Tal fué el hombre del siglo. Poniéndolo de relieve era inevitable la revolucion. Todo lo pulverizó haciéndose partícipe de los vicios comunes. En Voltaire hay mucha enseñanza, porque es el sentido comun, que burlándose de sí mismo, se arranca la máscara. Pero no hay nada en él que eleve el espíritu, que ennoblezca las pasiones, que dé calor á la dignidad humana.

En cambio Rousseau conoció la ternura que templa la inteligencia y la ilumina. No tuvo más que palabras de sentimiento inspiradas en amor al pueblo. Supo pensar y sentir. Hay páginas en sus libros regadas con lágrimas.

Voltaire buscaba aplausos y regalos de encajes y martas gibelinas, y obtuvo hasta la coronacion. Rosseau queria cariño y no logró ni cortesanía. En extremo desgraciado, incurrió en paradojas por delirio de una exquisita sensibilidad irritada: estados patológicos del solitario en el más cruel abandono.

V

LOS SUCESOES.

Estos dos hombres eran incompletos y ninguno merece nuestras simpatías sin reserva. A Rousseau le sobraba idealismo y sentimiento; á Voltaire le faltaba corazon y modestia. El uno era una inteligencia histórica; el otro una razon de hielo. El misántropo estaba fuera de su tiempo, no cabia entre gente frívola. El excéptico encajaba perfectamente en una sociedad egoista y desvergonzada. Por eso tenia aduladores en los reyes, vasallos en los nobles. Del pueblo no se ocupó sino para despreciarlo. Demoledor, pulverizó los obstáculos. Solamente pudo hacer políticos de salon con el hacha en la mano. Así Doumoriez desengañado, dijo á Danton:—“Con estos Girondinos no se puede ir á ninguna parte por-